



CAPÍTULO SÉPTIMO

El viejo cordelero.

DESDE el grito de angustia que lanzara en el salón del Tribunal revolucionario al enterarse de la condenación de los girondinos: «Mi Brissot desmascarado es el que los mata», Camilo Desmoulins, el periodista de la Revolución, se había pasado con armas y bagajes, en alas del arrepentimiento, al campo de la clemencia. Temperamento nervioso, femenino, excitable y propenso á todos los excesos, no tardó en rendir al nuevo ídolo el mismo apasionado culto que antes tributara á la crueldad. Cierta que este movimiento subjetivo de su alma coincidía ahora con el objetivo de la masa social. El triunfo de las armas francesas en la frontera; la conclusión de la guerra civil, y, más que todo, las sangrientas venganzas de los representantes en Tolón, Marsella, Lyon, Nantes y Burdeos, habían producido en todos los espíritus un movimiento general de reacción contra el Terror. Solamente los ultraterroristas del Comité y los hebertistas del club jacobino seguían batiendo palmas á todos los verdugos. Dantón, en cuya noble alma había abierto surco profundo el recuerdo de los girondinos, se abrazó á la clemencia como único camino de salvación, dispuesto á sacrificar su alma por ella. Frio y calculador, Robespierre coincidía con Dantón en odiar el terror; mas no le acompañaba en el amor á la misericordia. ¿Era por estimarla peligrosa á la República, ó por egoísmo, por temor de comprometer su porvenir ó su vida? Creemos lo segundo, digan lo que quieran Tissot y Blanc. Porque es evidente que si la República había de subsistir, era hora ya de que se fuese transformando en lo que en definitiva había de ser: generosa, libre y fraternal. Mas dejando esto á un lado, es

lo cierto que Camilo, Dantón y Robespierre convenían en la necesidad de combatir el Terror, y lo combatieron de mutuo acuerdo: Camilo, desde su escritorio, es decir, en la prensa: Dantón, en la Convención; Robespierre, en el Comité y en los jacobinos. Dados estos antecedentes, fácil es prever, sin necesidad de ser adivino, que Dantón seguirá á Camilo hasta el fin, hasta la muerte; Robespierre, hasta donde se lo permitan los compromisos y aconseje la conveniencia.

En su virtud, dos días después de aquella sesión de los jacobinos en que se discutió la conducta de Dantón, el cinco de Diciembre, ocurrió un suceso notable en la historia de la prensa francesa, que gemía esclava bajo la mordaza del terror y de la especie de monopolio que se habían arrogado Hebert y su banda. Camilo Desmoulins volvió á la lid publicando el primer número de *El Viejo Cordelero*. Recordaba Camilo, con este título, los días floreciente del club de los Cordeleros; protestaba de la decadencia de aquella famosa sociedad, que había pasado de las manos de Dantón á las de Hebert, y refiriéndose á la famosa sesión escribía: «La victoria es nuestra; porque, en medio de tantas ruinas de reputaciones colosales de civismo, la de Robespierre queda en pie; porque ha tendido la mano á su émulo en patriotismo, nuestro presidente perpetuo de los antiguos cordeleros, nuestro Horacio Cocles, que sólo sostuvo sobre el puente el empuje de Lafayette y de sus cuatro mil parisienses»... Y dirigiéndose á Robespierre: «En todos los otros peligros de que has librado á la República, tuviste compañeros de gloria; ayer, ¡tú solo la has salvado!» Al enterarse de este número, Billaud-Verennes y Saint Just fruncieron las cejas, y Robespierre, temiendo que Camilo le comprometiese, le exigió que le enviase en adelante las pruebas del periódico. El recelo y la desconfianza apuntaban.

En el segundo número, que vió la luz el diez de Diciembre, Camilo desarrolla habilidosamente el ataque empeñado por Robespierre, en su relación del diez y siete de Noviembre, contra los que perdían la Revolución exagerándola, y luego, encarándose con Chaumette y Anacarsis Cloatz, les acusa de servir con sus locuras los intentos del extranjero y de empujar «la rueda de la contra revolución en vez de empujar la rueda de la Razón.» Aun quedaba virus rábico en la pluma de Camilo. No tenía otro objeto este número que secundar los proyectos de Robespierre, el cual, dos días después, el doce de Diciembre, atacó á Cloatz en los jacobinos mucho más violentamente que lo hiciera Camilo, ateándole como un crimen el ser barón prusiano y acusándole formalmente de traición. «No, no, decía Robespierre, nunca mirarán los jacobinos como amigo del pueblo á este supuesto descamisado, que es prusiano y barón, que posee cien mil libras de renta, que come con los banqueros conspiradores y que es orador, no del pueblo francés, sino del género humano». Ante ataque tan inesperado y violento, Cloatz se quedó estupefacto, mudo, nada se le ocurrió que decir en su defensa; y los jacobinos, que acababan de elegirle presidente, le expulsaron de la sociedad por noble y por

CAPITULO ALFONSO
BIBLIOTECA ALFONSO

extranjero. En la siguiente sesión, tocóle ser juzgado al mismo Camilo, acusado de haber dicho, cuando la condenación de los girondinos: «Mueren como verdaderos republicanos.» Camilo supo defenderse. «Siempre he amado y servido á la República, dijo, pero á menudo me he equivocado acerca de los que la servían. Una fatalidad bien manifiesta ha dispuesto que de sesenta revolucionarios que firmaron mi contrato de matrimonio, no me queden más que dos amigos: Dantón y Robespierre. Todos los demás han emigrado ó perecido en la guillotina. En este número se cuentan siete de los veintido.» Estas palabras que resumían por modo tan trágico la marcha devoradora de la Revolución, causaron [sensación profunda en la Asamblea. Robespierre defendió también á Camilo, en tono paternal. «Débil y confiado es Camilo, pero republicano lo ha sido siempre. Ha querido á Mirabeau, á Lameth, á Dillon; pero ña roto sus ídolos desde que ha reconocido su error. Que siga su carrera y sea más reservado en el porvenir.» Camilo fué admitido.

El quince de Diciembre pareció el tercer número de *El viejo Cordelero*, que era, al través de las precauciones oratorias, al través del elogio dirigido no sólo á Robespierre, sino también al Comité de Salvación Pública y al mismo Tribunal revolucionario de París, un tremendo ataque contra el Terror. Tomando á Tácito por colaborador, pintaba Camilo el terrorismo de su tiempo, á pretexto de pintar el de los emperadores romanos. En párrafos elocuentes describía los crímenes de lesa majestad, los casos de sospecha y lo angustioso de la vida. «Todo hacía sombra al tirano, decía en uno de ellos. Sospechoso el ciudadano que alcanzaba popularidad, porque era un rival del príncipe y podía suscitar la guerra civil; sospechoso el que, huyendo de la popularidad, se encerraba en su hogar, porque la vida retirada podía valerle consideración; sospechoso el rico, por el peligro de que corrompiese al pueblo con sus dádivas; sospechoso el pobre, por lo muy dado que es á las aventuras; sospechoso el de carácter sombrío y melancólico, porque se afligía de que los negocios públicos anduviesen bien; sospechoso el amigo de comilonas y francachelas, porque se alegraba de que el emperador hubiese padecido un ataque de gota, que no sería nada; sospechoso el virtuoso y de costumbres austeras, porque censuraba con su conducta á una corte amable y divertida; sospechosos el filósofo, el orador y el poeta, que eclipsaban con su fama el nombre del emperador; sospechoso, por la misma causa, el que ganaba reputación en la guerra; sospechoso, en fin, el pariente de Augusto, porque podía formular un día pretensiones al trono. Y á todos estos sospechosos les enviaba el príncipe la orden de llamar á su médico ó boticario, y elegir, en veinticuatro horas, el género de muerte que más les agradase.» El efecto de este número fué inmenso. Cincuenta mil ejemplares se vendieron en días; de provincias los pedían á centenares, y los prisioneros se los transmitían á hurtadillas leyendo con fruición y con un poco de esperanza á aquel revolucionario que antes les era tan odioso. Contribuyó á este éxito el hallarse los ánimos á la sazón bajo

la impresión de las horribles nuevas que llegaban á París sobre los ahogamientos de Nantes y los ametrallamientos de Lyon, y por esto todos, amigos ó enemigos de la Revolución, todos, excepto los más comprometidos con los jacobinos, aplaudían aquel grito de humildad y misericordia.

En grave embarazo se halló ahora Robespierre. Avanzar en el camino por donde le empujaba Dantón y Camilo era romper no solamente con los hebertistas, sino con sus compañeros de gobierno, los terroristas, precisamente cuando acababa de inducir á la Convención á rechazar una tentativa de renovación parcial del Comité de Salvación Pública, que habría dado entrada en este cuerpo á los amigos de Dantón. De derecho, el Comité debía renovarse periódicamente; de hecho, nunca se le tocaba. Mas la Convención decidió ahora, el doce de Diciembre, renovarlo, lo que también deseaban algunos individuos del propio Comité, cuando menos Lindet. No faltaban candidatos aptos y de probado patriotismo, como Cambón, Merlin de Thionville, Dubois-Crancé y otros, con cuya incorporación nada hubiese perdido aquel Centro; pero ocurrió que el director de la tentativa era uno á quien Robespierre temía y odiaba, Fabre d'Eglantine, poeta colaborador del docto Romme en el nuevo calendario, autor dramático, acusado por Maximiliano de tratar la política como una intriga de comedia. Tampoco corrían bien con Robespierre los representantes que se trataba de llevar al Comité, Merlin de Thionville y sus amigos, los cuales le reprochaban el haber sostenido en la Vendée al partido hebertista, con el que acababa de romper ahora. Por todo lo cual, Robespierre encargó á uno de los oradores de su partido que defendiese enérgicamente la continuación íntegra del Comité, por ser necesaria para llevar á feliz término las grandes operaciones comenzadas. La Convención cedió, y el Comité de Salvación Pública siguió como se hallaba compuesto y desarrolló en adelante la misma política que hasta entonces. Una de cal y otra de arena. Sabía Robespierre que, sosteniendo la unidad del Comité, había agraviado á los dantonistas; trató de contentarles á continuación mediante el sacrificio de aquellos hebertistas que hacía tiempo dominaban y explotaban el ministro de la Guerra: el feroz Roussin, que había venido corriendo de Lyon con el objeto de reforzar la facción de Hebert y acababa de fijar en las esquinas carteles llenos de amenazas, y Vincent, otro furioso de la misma calaña, que hacía y deshacía en las oficinas de la guerra bajo el débil ministro Bouchotte. El diez y siete de Diciembre, la Convención decretó el arresto de ambos. Otro suceso proporcionó á Robespierre, tres días después, nueva ocasión de agradar á Dantón: muchedumbre de mujeres y doncellas invadió la barra de la Convención pidiendo la libertad de los «sospechosos», sus padres, maridos ó hermanos; y Robespierre, no sin censurar la forma tumultuosa de aquellas reclamaciones, y acusar á los aristócratas de haberlas provocado, hizo decretar que los comités de Salvación Pública y Seguridad general nombrarían comisionados, cuyos nombres no se darían á conocer, para investigar los medios de poner en

libertad á los patriotas que hubiesen sido encarcelados por error. Buen paso fué éste en el camino de Dantón y Camilo.

En la tarde de aquel mismo día, se pregonó en las calles el cuarto número de *El Viejo cordelero*, que había de quedar célebre para siempre en los fastos de la Revolución. En un cerrar y abrir de ojos se vió á todo el mundo con el número en la mano; Camilo se quejó de que se vendiese á «precio exorbitante»; ¿cómo no, si Francia se veía retratada en cuerpo y alma en aquellas elocuentes páginas? Transcribamos algunas. «Se confiesa que el estado presente no es el de la libertad, pero se nos recomienda *paciencia*, que día vendrá en que seremos libres. ¿Se piensa acaso que la libertad necesita, como la infancia, pasar por los gritos y las lágrimas para llegar á la edad madura? No. La libertad no tiene vejez ni infancia; no tiene más que una edad, la de la fuerza y del vigor. La libertad que yo adoro no es desconocida. Precisamente combatimos para defender los bienes que ella otorga inmediatamente á los que la invocan: la declaración de los Derechos, la dulzura de las máximas republicanas, la fraternidad, la santa igualdad y la inviolabilidad de los principios. He aquí las huellas de los pasos de la diosa, los rasgos con que distingue á los pueblos en que habita.—Si por libertad no entendéis como yo los principios, sino un pedazo de piedra, jamás hubo idolatría más estúpida y costosa que la nuestra. ¡Ah! queridos ciudadanos, ¿nos habríamos envilecido hasta el punto de prosternarnos ante semejantes deidades? No; la libertad, esa libertad bajada del cielo, no es una actriz de la Ópera paseada por las calles con gorro frigio; la libertad es la dicha, la razón, la igualdad, la justicia... ¿Queréis que yo la reconozca, que caiga á sus pies, que vierta toda mi sangre por ella? Abrid las cárceles á esos doscientos mil ciudadanos (eran unos ciento cincuenta mil) que llamáis sospechosos; porque en la declaración de los derechos del hombre no hay casas de sospecha, no hay más que casas de prevención. La sospecha no tiene cárceles, sino acusador público; no hay en ellas gentes sospechosas, no hay más que prevenidas por delitos que la ley fija. Y no temáis que esta medida sea funesta á la República; muy al contrario, será la medida más revolucionaria de todas las que habéis adoptado. ¡Querer exterminar á los enemigos de la guillotina! ¡Puede haber locura mayor? Por cada uno que sacrificuéis surgirán diez años de su familia ó de sus deudos. De vuestros adversarios no han quedado entre vosotros más que los cobardes ó los enfermos; los valientes y los fuertes han emigrado, han perecido en Lyon ó en la de Vendée; el resto no merecen vuestra cólera.—Se dice que es preciso dejar el Terror á la orden del día. Antes estoy seguro de que la libertad se consoladaría y la Europa sería vencida si erigiéseis un Comité de Clemencia, el cual pondría fin y término á la Revolución.»

¡Hermoso himno! «Grito divino, dice Michelet, que removerá las almas eternamente.» Con este número, Camilo se redimió de sus pesados errores, y los girondinos hubieron de perdonarle aquel día desde el fondo de su tumba todo el mal que les había hecho. Pero el

pensamiento de Camilo pecaba de temerario. Él mismo lo reconoció y trató de atenuar sus efectos explicándolo. «Lo que yo pido, no es una amnistía general; mi aspiración no es que se abran de par en par las puertas de las cárceles, sino solamente un portillo, y que los comisionados creados por la Convención interroguen á los sospechosos uno á uno.» Y concluía con un caloroso llamamiento al gran jefe de los jacobinos: «¡Oh, mi querido Robespierre, oh, mi antiguo compañero de colegio, acuérdate de aquella lección de historia y de filosofía, de que el amor es más fuerte, más duradero que el temor.»

Mas no estaba por esas Robespierre. En vez de un Comité de Clemencia, había hecho decretar un Comité de Justicia, y ahora, al leer aquella invocación, saltó como mordido por un basilisco, espantado á la vista del abismo adonde se le quería llevar. Críticas, en verdad, eran las circunstancias. Philippeaux acababa de publicar sobre la guerra de la Vendée un virulento folleto, que Camilo había elogiado en su periódico y que verdaderamente encantaba por la franqueza y valentía. «¿Qué ha hecho Ronsin? preguntaba; intrigar mucho, robar mucho, mentir mucho! Su única expedición, la de diez y ocho de Septiembre, en la que dejó que cuarenta y cinco mil patriotas fueran maltrechos por tres mil piratas; aquella fatal jornada de Corón, donde después de haber metido nuestra artillería en una angostura, á la cabeza de una columna de seis leguas de flanco, se ocultó en un corral como un cobarde granuja, á dos leguas del campo de batalla, en el que nuestros desgraciados camaradas eran bombardeados con sus propios cañones.» Por otra parte, el exterminador de Lyon, el fogoso Collot D'Herbois, único capaz de disputar á Robespierre la influencia sobre los jacobinos, volvía de Lyon resuelto á sostener la causa del Terror y ponerse á la cabeza de los hebertistas, á quienes logró, en efecto, devolver el predominio en el club, el cual declaró que conservaba amistad fraternal á Ronsin y á Vincent. Por último, los cordeleros no dejaban en paz á la Convención, molestándola á diario con la petición de que se hiciese justicia con aquellos «dos patriotas detenidos,» tarea en la que fueron secundados ahora por los jacobinos. En suma, que el hebertismo volvía á levantar cabeza, osado, amenazador, agresivo. ¡Cómo el astuto Robespierre había de seguir á Camilo en el camino de la clemencia! La batalla no tardó en empeñarse. En virtud de denuncias presentadas por Heber, los jacobinos citaron ante ellos á Camilo, Fabre d'Eglantine, Bourdon de l'Oise y Philippeaux, para que diesen explicaciones de sus escritos y de sus discursos en la Convención. La sesión fué tempestuosa, porque Philippeaux, sincero, valiente y apasionado, sostuvo cuanto había escrito y dicho sobre la traición de Ronsin y la incapacidad de aquel Rosiñol, tanto tiempo sostenido por el comité, sin que consiguieran nada ni Dantón con sus consejos, ni Robespierre con sus reflexiones. Realmente, Philippeaux tenía razón, salvo algunos errores de detalle. Se acordó nombrar una comisión que examinase las acusaciones de unos y de otros, y presentase en su día el correspondiente informe.

Para fijar bien su situación, Robespierre leyó á la Convención, el veinticinco de Diciembre, una relación sobre los principios del gobierno revolucionario, ó sea la dictadura del Comité de Salvación Pública, y sobre los del gobierno constitucional, el gobierno regular de la libertad civil y de los tiempos pacíficos.—«La función del gobierno, decía, es dirigir las fuerzas morales y físicas del país hacia el fin de su instituto. El gobierno constitucional tiene por fin conservar la República; el gobierno revolucionario fundarla. La revolución es la guerra de la libertad contra sus enemigos; la constitución, el régimen de la libertad victoriosa y tranquila. El gobierno constitucional se ocupa principalmente en la libertad civil; el gobierno revolucionario, en la libertad pública. El gobierno revolucionario debe bogar entre dos escollos: el moderantismo y la exageración. Los gorros frigos son á menudo vecinos de los talones rojos.» Con lo cual quería significar que los marqueses del antiguo régimen, que calzaban talones rojos, se disfrazaban ahora de ultra-jacobinos. Como de costumbre, señalaba Robespierre en todas partes la mano del extranjero. Quejábbase de que los extranjeros, agentes de los reyes coligados, llevasen mucho tiempo en las cárceles sin ser juzgados. «La ley, proseguía, no es bastante rápida para castigar á los grandes culpables». En su consecuencia, propuso é hizo decretar que el Comité de Salvación Pública presentaría lo más pronto posible un proyecto sobre los medios de perfeccionar la organización del Tribunal revolucionario», esto es, de condenar más pronto. No cabe duda, Robespierre se acercaba á los Terroristas. Muéstralo á todas luces aquella frase de su discurso contra los «traidores de Lyon» que acusaban á los patriotas, en el momento precisamente en que esta desgraciada ciudad acababa de enviar á la Asamblea nacional una solicitud de gracia dictada por la desesperación. A la relación de Robespierre siguió al día siguiente otra de Barrere, el cual, después tachar á Desmoullins de favorecer á los contra-revolucionarios, de hecho ya que no de intención, propuso que la comisión que había de revisar los motivos de arresto de los sospechosos, se compusiese de individuos tomados de los dos comités, lo que no aprobó Robespierre, por ser incompatible con su Comité de Justicia. El inflexible Billaud-Varennes combatió juntamente el proyecto de Barere y el de Robespierre, y como éste no insistiese, el decreto sobre el Comité de Justicia fué derogado. El Terror triunfaba; todas las puertas se cerraban á la esperanza de clemencia.

Rota queda desde ahora la alianza de Robespierre con Camilo y Dantón. Mas no por eso se acobarda Camilo. Nervioso é impresionable, atento sólo á la voz de su alma generosa, se lanza á la prosecución de aquella obra de reacción humanitaria, que, de haber triunfado, tal vez hubiese salvado á la República. El cinco de Enero pareció el quinto número de su *Viejo Cordelero*, en el que contestaba con delicada ironía á la censura que le dirigiera el antiguo moderado Barere, y á las injurias y amenazas de Hebert con rayos que le anonadaron. Pinta, en rasgos propios de Moliere al retratar á Tartuffe, «al antiguo ven-

dedor de contramarcas expulsado por ladrón, enaltecido ahora á tirano de la prensa, sacándole doscientas mil libras al ministro de la Guerra para infestar los ejércitos con su periódico obscuro, y quitándose por la tarde el gorro frigio y las galochas del *Tío Duchesne*, para irse de currutaco á cenar con banqueros y ex-marqueses. Jamás se repuso Hebert de las heridas que le abriera ahora Camilo con los acerados dardos de su chispeante pluma. Con motivo del estilo que usaba en su periódico, decía: «¿No sabes tú, Hebert, que cuando los tiranos de Europa quieren envilecer á la República, cuando quieren hacer creer á sus esclavos que Francia está cubierta de las tinieblas de la barbarie, que París, esta ciudad tan celebrada por su aticismo y buen gusto, está poblada de vándalos, no sabes tú, desgraciado, que son pedazos de tus hojas lo que insertan en sus gacetas, como si el pueblo fuese tan ignorante, tan bestia, cual tú querías hacérselo creer á Pitt, como si no se le pudiese hablar otro lenguaje que el grosero que tú empleas, como si ese fuera el lenguaje de la Convención y del Comité de Salvación Pública, como si tus porquerías fuesen las de la nación, como si una cloaca de París fuese el Sena!» en un arranque de heroísmo, exclama: «Se ha dicho en los jacobinos que la guillotina rozaba mi cuello. ¿Y qué? ¿Merece acaso esta vida que un representante la prolongue á expensas del honor? ¡La libertad de opinión ó la muerte!» Aún llama al Comité de Salvación Pública «Comité salvador», y trata deferentemente á Robespierre; pero concluye con aquella máxima de los antiguos: «La anarquía, haciendo á todos los hombres amos, los conduce enseguida á no tener más que un solo amo. Este amo es el que yo temo.»

Hebert se retorció convulso. Corrió al club á denunciar de nuevo á Bourdon de l'Oise, Fabre d'Eglantine y Camilo, á este último, sobre todo, por las acusaciones con que acababa de responder á las amenazas de *El Tío Duchesne*. Camilo compareció ante los jacobinos, resuelto á sostener en la barbas de Hebert cuanto su pluma había escrito. «¡Justicia, justicia!» gritaba éste. «Se me acusa en un libelo de haber expoliado la fortuna pública.» «Aquí traigo la prueba», contesta Camilo con voz penetrante. «En la mano tengo el extracto de los registros de la Tesorería nacional, que lo demuestran.» Robespierre el joven, vuelto de Tolón, habló y se pronunció noblemente contra Hebert; pero su hermano le reconvinó de intervenir en aquel debate de «pequeñas pasiones», y trató de calmar los ánimos y cortar la discusión, que robaba al cuidado de la cosa pública un tiempo precioso. En el mismo sentido se expresó Dantón, recomendando que se subordinasen los odios personales al interés general, é igualmente Collot, que retrocedía ante la ruptura entre los grandes jefes de la Montaña. Se pasó á la orden del día, la cuestión Philippeaux, á quien se acordó oír en la sesión siguiente. Pero quedaban en pie, además de las divergencias en las vistas generales, dos causas inmediatas de tempestad, que no se logró remover; á saber: por una parte, las acusaciones de los hebertistas contra Camilo, Philippeaux, Fabre d'Eglantine y Bourdon de l'Oise, de las que se había apoderado la comisión